

# Déjame decirte adiós

Noah Lloil

*Noah Lloil*

DÉJAME DECIRTE

*Adiós*



## Capítulo 1

Aquí los segundos pasan despacio mientras las ruedas queman el asfalto, como si quedarse congelado en el tiempo pudiera congelar también esta rabia que me corroe los pulmones. Ojalá, sí, ojalá. Así podría despertarme por las mañanas sin esa peste a recuerdos que engullo cada noche esperando olvidarme de ella, sin los ojos inyectados en sangre porque al cerrarlos los remordimientos me devoran. Sería la solución perfecta para mi malhumor, deshacerme de los sentimientos junto con ella, que se perdiese sepultada en el olvido de las lágrimas, las traiciones y las esperanzas rotas. Sepultada, reí con desgana al pensar en esa palabra. Que término tan apropiado.

Pero eso no es posible, y aquí estoy, con ojeras en los ojos y en el corazón, harto de tantas noches en vela, de sentir como si me hubieran arrancado y pisoteado la vida delante de mis ojos, sin yo hacer nada. Hay quien ha nacido para saborear el cielo y quedarse en la mediocridad, quien lo ha tenido todo y al final llena bolsas de basura con cajas de pizzas. Llegamos el momento en el que te acostumbras y ya no notas la diferencia. Ahí fue cuando supe que había tocado fondo, cuando me di cuenta de que yo tomaba Chardonnay de sus labios y ahora bebo cerveza a morro. Quién diría que esos besos que podían producir comas etílicos tenían fecha de caducidad.

Así que, corrí, con las llaves en la mano, esperando poder huir de ella. ¡Ja! Hay de miedos de los que uno no puede escapar, y ella es el terror de las pesadillas. De ahí que mis segundos pasen tan despacio, porque en el asiento del copiloto está sentada el recuerdo de lo que fue una reina.

—Llevas veinte minutos sin decir nada— acusó Susana con frialdad.—Desde que subimos al coche has estado serio. Por cierto, ¿adónde vamos?

Su voz eran agujas de hielo clavándose en mis oídos. Me aferré con más fuerza al volante, las venas se hincharon. Hacía un año oírle hablar era el sonido más dulce que existía en mi vida, hablaba como quien sonríe y suspira al mirar una puesta de sol, hablaba como quien canta y recita poemas. Ella hablaba y el mundo obedecía. Que sí, de verdad, el mundo hacía cuanto ella pedía. ¿Quién podría negarle algo a su voz de seda?

Y es que recuerdo el veintisiete de agosto del dos mil once, no fue un día especial, pero nunca pude olvidarlo. Era domingo y ella se levantó tarde, despeinada y descalza, con sus ojos entrecerrados por el exceso de luz al entrar en la sala. Me arrebató el café de las manos, con esa sonrisa despreocupada que llevaba siempre dibujada en la cara, cómo quien sabe que todo acaba bien. De aquella, Susana no sabía que estaba muy

equivocada.

Al beber puso cara de asco y masculló un «puaj».

—¿Para qué me lo robas si sabes que yo bebo café solo?

Susana me devolvió la taza semivacia con un beso de buenos días en los labios.

—Para despejarme— dijo.

Se marchó hacia el balcón como si participase en una compleja coreografía y alzó los brazos.

—¡Porque sólo cuando se está despierto se puede volar!

Y el viento la azotó, moviendo su cabello en miles de direcciones diferentes, queriendo alzarla y cumplir sus sueños al mecerla en el aire. Ella inspiró hondo, cerró los ojos dejándose acunar y ronroneó ante las acaricias del viento.

Yo nunca olvidé ese día. Fue el día en el que la vi volar, el día en el que el viento obedeció sus deseos. Porque cuando Susana hablaba el mundo obedecía.

Pero ya nunca más veré sus alas, ese es un recuerdo, y la que está a mi lado sólo es un resto de la mujer que fue una vez.

Susana inspiró hondo. Mis silencios solían sacarla de sus casillas; era orgullosa y el no hacerme reaccionar con sus comentarios hacía que sintiese que había perdido la batalla. Sin embargo, lo que ella no sabía, es que hacía un año que había ganado, cuando me traicionó e hizo lo que juró que jamás haría.

Empezó a reírse desdeñosamente. Yo apreté con más fuerza el volante.

—¿Me castigas con el silencio?—hizo una mueca.—Es irónico que me niegues la palabra cuando eres tú el que busca mi compañía. Podía haberme ido para siempre, haberte dejado seguir con tu vida, pero tú preferiste tenerme cerca, aunque eso destrozase lo poco que te quedaba de corazón. ¿Sabes?—suavizó su voz y dejó que su mirada se perdiese en los paisajes de Ortigueira— Yo de verdad te quería. No te traicioné queriéndolo, espero que lo sepas, yo jamás te haría daño conscientemente.

—Pero lo hiciste— el tono de mi voz sonó tan sereno y frío que ella se contrajo en el asiento. Inspiró y volvió el rostro para mirarme con esos

ojos castaños que podrían penetrar hasta el corazón más duro.

—Cuando el tres de mayo me levanté yo te quería, cuando desayuné te quería, cuando me fui por la puerta te quería y cuando eso ocurrió yo seguía queriéndote. Cada latido de mi corazón era una proclamación de mi amor por ti.

—Cállate—rogué con la tensión en la mandíbula y el pie en el acelerador.

—Cada parpadeo, cada palabra, cada sonrisa y cada lágrima eran una constante carta de amor hacia a ti. Siento que ocurriera lo que prometí que jamás ocurriría, pero es hora de que el pasado sea sólo lo que debe ser, un recuerdo.

El pie cada vez me pesaba más. Hacía tiempo que había sobrepasado el límite de velocidad. Ella, que odiaba que corriese, se aferró a la puerta como si eso pudiese ayudarla en el caso de que me estampase contra algún coche o los cientos de árboles que se convertían en masas borrosas a nuestro lado.

Susana tragó saliva y siguió hablando con convicción.

—Siempre te quise, cada segundo, con todo mi corazón.

—¡No lo suficiente!—escupí.

—¡Eras demasiado para mí como para que existiese un "suficiente"!—dijo con toda su garganta— ¿Pero sabes qué es lo que ocurre? ¿Sabes por qué te levantas todas las horas de la noche con una botella distinta en cada ocasión? ¿Sabes por qué tienes el contestador lleno de personas que te quieren preocupados por tu bienestar sin saber nada de ti? ¿Sabes por qué ni siquiera has reconsiderado la idea de poder volver a trabajar? ¿Sabes por qué no puedes mirarte al espejo, mirar una foto mía o mirarme a mí directamente? ¿Sabes cuál es la razón?

— ¡Cuál!

Susana se aferraba cada vez con más fuerza a la puerta mientras los árboles se convertían en manchas.

—Que eres consciente de que jamás volveré a ser tuya pero tú sigues siendo mía. Ese es el problema, que eres dependiente de todos los recuerdos que compartiste a mi lado. Lo que pasó, pasó, pero tú no tienes los cojones de respetarte y olvidar ese día. No eres capaz de dejarme marchar porque sabes que tendrías que empezar de cero y no tienes el valor de hacerlo. Pero la verdad es que ya nunca será igual, que yo nunca volveré a ser igual, que estoy cansada de verte auto compadeciéndote mientras me atribuyes la culpa de algo que sabes que no pude evitar, que

si hubiese podido elegir habría elegido volver a casa contigo.

Una lágrima se derramó por mi mandíbula contraída. Ella se recostó en el asiento con un suspiro condescendiente. Susana me miró, abrió varias veces la boca para cerrarla justo después, supe que tenía miedo de romperme en mil pedazos. ¡Ja! Ahora le importaba romperme, rasgarme el alma, pisotearme la vida, después de haberme dejado tirado con el corazón y la mente hechos trizas.

Bajó la mirada. Las ruedas seguían echando humo.

—Debes dejar que te diga adiós.— Dijo las peores palabras que podía haber dicho.

—¡No!— grité.

Clavé el coche derrapando varios metros. *Jamás podría dejar que se marchase.* Él tirón del cinturón me aplastó el hombro. *Jamás podría dejar que se marchase.* Los árboles se volvieron nítidos. *Jamás podría dejar que se marchase.* Ella se llevó la mano al pecho. *Jamás podría dejar que se marchase.*

Jamás podría decirle adiós.

Nunca.

—Mario— dijo ella con voz dolorida.

Durante un segundo me encogí en mí mismo. No quería que me viese perder el control una vez más, ya había bastante de lo que arrepentirse como para tener que recordar día en el fango.

—Jamás podría dejar que te marches—dije.

Una oleada de calor me invadió por dentro. La idea de no tenerla a mi lado cada mañana al despertar hacía de mi mente un infierno. Incluso con el resto de mujer en el que se había convertido, ella era todo cuanto tenía. Y aunque sus palabras ni su mirada fuese la misma, seguían siendo los recuerdos de la mujer de la que me había enamorado, aún había escorzos de mi Susana en sus alas de cristal.

Abrí la puerta y eché a andar. Detrás de mí escuché sus tacones de aguja pisando acelerados el asfalto. Me rogaba que me detuviese, pero desde que me había pedido que la dejase despedirse yo había decidido dejar de escucharla. Era mejor así, oír la verdad de sus labios me destrozaría, acabaría con lo poco que me queda, y si no me quedase nada, si ni siquiera me quedasen los vestigios de Susana, si no hubiera más sonrisas ni más peleas, sin nada, yo no sabría qué hacer, me convertiría en un

mártir que espera que llegue su hora sin darse cuenta de que hace mucho que está muerto.

—Mira hacia dónde te diriges— rogó ella.

Me detuve y alcé la vista. Podía ver el sendero que conducía colina arriba, el sonido del mar a mi izquierda, el sol penetrando en mi piel. Sabía dónde estaba, mi coche me había traído al recuerdo de un viaje que había cambiado mi vida.

Caí de rodillas y ella se paró a escasos metros de mí.

—Eso es—dijo—. Aquí estamos, en Garita da Vela. Donde un día vi un chico estaba absorto mirando la playa Ensenedas de San Antonio, estaba tan perdido en el paisaje que me embelesó completamente y no pude evitar acercarme a él para saber qué era lo que guardaba en ese silencio tan atrayente. Pero en vez de decir "hola" como haría cualquier persona dije: «Esta garita es de principios del siglo XVIII y servía como referencia para los navegantes junto con la de A Herbeira y el Semáforo de Bares. Además de señalización la garita servía como base de un destacamento dedicado a vigilar la costa de Loiba y la entrada de la ría ante posibles invasiones e incursiones de la Ría de Cariño y Ortigueira, por parte de los ingleses y holandeses.» ¿Recuerdas qué respondiste tú?

Yo sonreí mientras las lágrimas pintaban el asfalto.

—Yo también estoy encantado de conocerte.

—Exacto—rió—, no pude evitar reírme como una tonta. Fue un gran día.

—Fue el principio de diez grandes años.

El viento sacudió las copas de los árboles. Yo seguía en el suelo cuando escuché el sonido de un automóvil aproximándose. Si dependiese de mí hubiese preferido quedarme allí tirado, pero Susana nunca aceptó que las personas pudiesen tener el deseo de rendirse cuando hay tanta vida por la que luchar. Me obligó con ruegos y pataletas contra el asfalto a que me moviese a un lado. Nunca supe cómo podía tener tanta fuerza sosteniéndose sobre dos cilindros tan finos, siempre tan alta y segura, como quien puede levantar el peso de todos los problemas del mundo y vivir para contarlo con la cabeza bien alta. Ella era mucho más fuerte que yo.

Al apartarme me senté de nuevo al borde de la carretera, al poco tiempo un Clio de color rojo pasó por delante de nosotros. Susana se sentó a mi lado, cruzando las piernas una por encima de la otra, como hacía siempre

que se derrumbaba adentrándose en sus pensamientos.

—Yo te quiero—dije.

—Lo sé. Fueron los diez mejores años de mi vida, Mario, lo sabes porque siempre te lo dije. Te quise cada segundo desde que te encontré mirando esta playa, desde que me hablaste y me miraste a los ojos con esa pasión que siempre te caracterizó. Siempre estuviste tan vivo, buscando lo mejor de la vida, por eso quería quedarme siempre a tu lado, porque contigo siempre era todo mejor. Pero ese tres de Mayo la chispa desapareció de tus ojos. Ya no buscas darlo todo, ahora sólo sobrevives como quien ha muerto en vida, ahora ya no tienes pasión. ¿Por qué te empeñas en vivir pensando en algo que jamás volverá? Esos diez años fueron maravillosos, pero son irrecuperables, vive los próximos diez años intentando superar los que pasaste conmigo, para que así, cuando hagas un recuento de tu vida, mires nuestros diez años y sepas que fue una gran etapa, pero no la única. Vive tu vida como sabrías que yo quisiese que lo hicieras, con aquello de lo que me enamoré, con esa pasión por mejorar. Vive, Mario, por favor, vive. Que mi muerte no se convierta también en la tuya. Nuestro viaje acabó, es hora de que emprendas otro.

Me giré para mirarla. Sus ojos marrones estaban rojizos. Su cabello caía alborotado por los hombros; nunca se recogía el pelo y con eso me había conquistado el día que la conocí. Se mostró segura de sí misma sin tener que ir maquillada ni con el pelo enlatado en laca. Nunca llevaba joyas. Sólo se vestía con su sonrisa y sus tacones, como quien quiere verlo todo desde las alturas, para no perderse ningún detalle de la vida. Era un pozo lleno de contradicciones, lleno de preguntas y de respuestas, era el pozo que me había dado de beber y que ahora me estaba ahogando.

—Me prometiste que nunca me dejarías, que viajaríamos juntos por todo el mundo.

—Lo sé, Mario, lo sé— apoyó su cabeza en mi hombro.— Pero que no esté no significa que no podamos seguir el viaje juntos. Yo nunca dejaré de formar parte de ti, colisionamos y eso tuvo consecuencias, tú me hiciste madurar y yo te hice madurar a ti, ambos nos cambiamos juntos. Donde tú vayas mi recuerdo irá. Tú fuiste mi libro, pero yo quiero sólo ser un capítulo en tu vida, un capítulo sin el que la historia no puede seguir adelante, pero un capítulo al fin y al cabo.

—Quieres que te deje atrás.

—Lo que quiero es que sigas adelante.

Me miró a los ojos y sentí como si sus manos secaran mis lágrimas. Los coches seguían pasando pitando al esquivar nuestro coche, abandonado

en medio de la carretera.

—Te quiero—dijo con esa imitación de voz de seda— y por eso tienes que dejarme que te diga adiós.

Había sido demasiado perfecta como para recordar con certeza cada una de las pecas de su cuerpo, para saber dónde empezaban a aflorar las arrugas de tantas risas y carcajadas. Mi imaginación nunca podría formar con detalle una reproducción exacta de Susana, y puede que eso fuese lo que me volvía loco, que a pesar de todo ella nunca podría volver conmigo.

—Sé que no fue tu culpa—dije— El semáforo estaba en verde, tú ibas con tus cascos y él fumando. No fue tu culpa. Lo sé.

Ella suspiró de alivio.

—Por fin. ¿Dejarás que te diga adiós esta vez?

—Este viaje será muy solitario sin ti.

Cerré los ojos.

—Es un final perfecto—dijo ella tomándome de la mano.— Aquí nos conocimos y a las puertas nos despedimos. Es la cláusula perfecta para un capítulo maravilloso, pero que no es el único. ¿Sabes que podrías hacer ahora? Viajar por toda España buscando las mejores vistas, cumplir nuestro sueño y usarlo para empezar de nuevo. Tal vez así te sea más fácil. Yo estaré en tu cabeza, te visitaré de vez en cuando en sueños para darte fuerzas, pero siempre tendrás que despertar. ¿Sabes por qué tienes que despertar?

Sin abrir los ojos supe que ella había extendido los brazos.

—Porque sólo cuando se está despierto se puede volar—dije. Ambos reímos.

—Exacto. Recuérdalo siempre.

Durante un minuto permanecimos en silencio. Quería saborear cada segundo porque sabía que cuando abriese los ojos ella ya no estaría allí, ya no había motivo para que estuviese. Por fin había entendido que no podía retenerla en mi mente para siempre, que jamás podría reproducir a la perfección su compleja y maravillosa personalidad.

—Ahora voy a irme—dijo— Prométeme que no me traerás de nuevo.

—Te lo prometo.

El peso de mi hombro se aligeró en muchos sentidos. Sus tacones empezaron alejarse.

—Adiós, Mario.

Abrí los ojos buscándola, pero lo único que vi fue mi coche clavado en la carretera. El viento empezó a azotar con fuerza y supe, que con todo, Susana se había fundido con él y seguía alentándolo a que la hiciese volar, y él, siendo incapaz de decirle que no con su voz de seda, la acunaba como ella quería. Porque cuando Susana hablaba, el mundo obedecía.

—Adiós, Susana.

Después subí hasta a la Garita da Vela, rememoré el día que nos conocimos y me aseguré de guardarlo como un tesoro en mi memoria. De esos tesoros a los que acudes cuando tienes un mal día y te hace falta recordar las cosas buenas. Pero me aseguré de atesorarlo así, como lo que era, un recuerdo, porque el pasado está lleno de recuerdos, el presente de acciones y el futuro de sueños. Porque como Susana, el capítulo más sabio de mi libro, me había enseñado, la vida es un viaje que nunca se detiene y en el que sólo nosotros somos los escritores.